

Redescubriendo con IA los rostros de mujeres en la historia de Chile

Luisa Recabarren y Aguirre

(1777-1839)

Nació en La Serena y se destacó por su educación e interés en la literatura, en especial, por su afición a las letras francesas. Se casó con José Gaspar Marín Esquivel, un intelectual y abogado que participó en la organización republicana de Chile. Con él se fue a vivir a Santiago. Luisa y Gaspar eran aficionados a la literatura clásica y a los autores ilustrados. Luisa dedicó los primeros años de su vida en Santiago a la crianza y educación de sus hijos, quienes, a futuro, sobresalieron en sus respectivos ámbitos de desempeño como aventajados humanistas. Desde los primeros movimientos autonomistas, los Marín Recabarren se comprometieron con el bando patriota y facilitaron su casa para recibir a los políticos e intelectuales que contribuían en ese proyecto. Se dice que Camilo Henríquez,



Bernardo Vera y Pintado y Juan Mackenna, entre otros, habrían sido asiduos asistentes al salón de esta familia. En las tertulias, Luisa no sólo actuaba como la dueña de casa, sino que, en su rol de anfitriona, participaba de las conversaciones y debates que se producían y hacía valer su voz y opinión. Luisa representa así a ese conjunto de mujeres que, con el apoyo de sus familias y con aspiraciones personales, habían alcanzado un grado superior de cultura letrada. Luisa Recabarren participaba, así, de un ambiente que favorecía la integración femenina en las dinámicas intelectuales y sociopolíticas de la élite. Sin embargo, la victoria realista de 1814 la golpeó. Gaspar Marín debió huir de Santiago para refugiarse en las afueras, adonde acudía Luisa cada vez que podía burlar toda vigilancia del gobierno español. Sin embargo, al poco tiempo, el matrimonio tomó conciencia de que resultaba más seguro que Gaspar huyera hacia Argentina. Luisa quedó a cargo de los negocios familiares y del hogar y asumió el deber de mantener a su esposo informado sobre el quehacer político en Chile. Gaspar, por su parte, le escribía también y a través de ella, enviaba información de interés para los patriotas que habían permanecido en Santiago. Manuel Rodríguez se habría enterado de algunos datos por medio de Luisa, que seguía reuniéndose con los patriotas en las inmediaciones de su casa para participarles las noticias.

Los realistas sabían de la labor que, a escondidas, desarrollaban los patriotas a uno y otro lado de la cordillera, y se afanaron por impedirla. En enero de 1816, el gobernador Casimiro Marcó del Pont, decretó que los hombres y mujeres que mantuvieran comunicación con los exiliados podían ser castigados con la reclusión, la confiscación de sus bienes e, incluso, con la horca.

Conscientes los riesgos que sus acciones implicaban, Gaspar y Luisa tomaron algunos resguardos. Nunca se referían a sus contactos en Chile y Argentina por sus nombres reales, sino que desarrollaron una comunicación basada en claves. Por eso, cuando el gobernador Marcó del Pont interceptó una de sus cartas y detuvo a Luisa, no logró interpretar el contenido del documento y la amenazó para que revelara los códigos de lectura. Sus esfuerzos resultaron infructuosos, ya que Luisa se negó a entregar la información. Ante su determinación, el 4 de enero de 1817, fue conducida al Monasterio de las Agustinas para permanecer arrestada ahí. Quizás, su condición social y los contactos de Luisa debieron pesar en las consideraciones del gobernador, que no llegó a los castigos extremos establecidos en el decreto.

Su cautiverio se prolongó hasta febrero del mismo año. El triunfo en Chacabuco aceleró la recuperación patriota que logró expulsar de Santiago a los realistas. Luisa fue liberada y pudo reencontrarse con su esposo, quien, años después, alcanzó los cargos de fiscal y ministro de la Corte Suprema. Ella, seguramente, volcó su tiempo a apoyar la labor política y jurídica de su esposo y a acompañar a sus hijos en las carreras que cada uno desarrolló.